

## **CAPÍTULO 10: CÓMO RESPONDE DIOS A LA ORACIÓN**

PARA que el hombre comprenda plenamente a Dios y todos Sus tratos con nosotros es una imposibilidad absoluta. «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11:33). Ciertamente, pero no necesitamos crear dificultades donde no existen. Si Dios tiene todo poder y todo conocimiento, ciertamente la oración no tiene dificultades, aunque ocasionalmente pueda haber perplejidades. No podemos descubrir el método de Dios, pero conocemos algo de Su manera de responder la oración.

Pero desde el principio, recordémonos cuán poco sabemos acerca de las cosas ordinarias. El Sr. Edison, cuyo conocimiento es bastante profundo, escribió en agosto de 1921: «No sabemos ni la millonésima parte del uno por ciento acerca de nada. No sabemos qué es el agua. No sabemos qué es la luz. No sabemos qué es la gravitación. No sabemos qué es lo que nos permite mantenernos en pie. No sabemos qué es la electricidad. No sabemos qué es el calor. No sabemos nada sobre el magnetismo. Tenemos un montón de hipótesis, pero eso es todo». ¡Pero no permitimos que nuestra ignorancia sobre todas estas cosas nos prive de su uso! No sabemos mucho sobre la oración, pero ciertamente, esto no necesita impedirnos orar! Sabemos lo que nuestro Señor nos ha enseñado acerca de la oración. Y sabemos que Él ha enviado al Espíritu Santo para enseñarnos todas las cosas (Juan 14:26). Entonces, ¿cómo responde Dios a la oración? Una manera es precisamente esta:

Él revela Su mente a aquellos que oran. Su Espíritu Santo pone ideas frescas en las mentes de las personas que oran. Somos muy conscientes de que el diablo y sus ángeles están bastante ocupados poniendo malos pensamientos en nuestras mentes. Ciertamente, entonces, ¿Dios y Sus santos ángeles pueden darnos buenos pensamientos? ¡Incluso hombres y mujeres pobres, débiles y pecadores pueden poner buenos pensamientos en las mentes de otros! ¡Eso es lo que tratamos de hacer al escribir! No nos detenemos a pensar qué cosa tan maravillosa es que unas pocas marcas negras de forma peculiar en este papel

blanco puedan elevar e inspirar, o deprimir y abatir, io incluso convencer de pecado! Pero, para un salvaje no instruido, es un milagro estupendo. Además, usted y yo a menudo podemos leer los pensamientos o deseos de las personas por una expresión en el rostro o una mirada de los ojos. Incluso la transferencia de pensamiento entre hombre y hombre es algo común hoy en día. Y Dios puede transmitirnos Sus pensamientos de muchas maneras. Un ejemplo notable de esto fue relatado por un orador el año pasado en Northfield. Hace tres o cuatro años, se encontró con un viejo capitán ballenero que le contó esta historia.

«Hace muchos años, navegaba en los mares desolados frente al Cabo de Hornos, cazando ballenas. Un día estábamos batiendo directamente hacia el sur en contra de un viento fuerte. Habíamos estado virando de un lado a otro toda la mañana, y avanzábamos muy poco. Alrededor de las 11 en punto, mientras estaba al timón, la idea me vino repentinamente a la mente: "¿Por qué golpear el barco contra estas olas? Probablemente hay tantas ballenas al norte como al sur. ¿Supongamos que navegamos con el viento en lugar de contra él?" En respuesta a esa idea repentina, cambié el rumbo del barco y comencé a navegar hacia el norte en lugar del sur. Una hora más tarde, al mediodía, el vigía en el palo mayor gritó: "¡Botes a la vista!" Pronto alcanzamos cuatro botes salvavidas, en los cuales había catorce marineros, los únicos sobrevivientes de la tripulación de un barco que se había quemado hasta el borde del agua diez días antes. Aquellos hombres habían estado a la deriva en sus botes desde entonces, rezando a Dios frenéticamente por rescate; y llegamos justo a tiempo para salvarlos. No podrían haber sobrevivido un día más».

Entonces el viejo ballenero añadió: «No sé si usted cree en la religión o no, pero resulta que soy cristiano. He comenzado cada día de mi vida con una oración para que Dios me use para ayudar a alguien más, y estoy convencido de que Dios, aquel día, puso la idea en mi mente de cambiar el rumbo de mi barco. Esa idea fue el medio para salvar catorce vidas».

Dios tiene muchas cosas que decirnos. Tiene muchos pensamientos que poner en nuestras mentes. Tendemos a estar tan ocupados haciendo Su obra que no nos detenemos a escuchar Su Palabra. La oración le da a Dios la oportunidad de

hablarnos y revelarnos Su voluntad. Que nuestra actitud sea a menudo: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

Dios responde otras oraciones poniendo nuevos pensamientos en las mentes de aquellos por quienes oramos. En una serie de servicios que trataban sobre la Vida Victoriosa, el escritor instó una tarde a la congregación a "resolver" sus disputas si realmente deseaban una vida santa. Una dama fue directamente a casa, y después de una oración muy ferviente, le escribió a su hermana, con quien, debido a un desacuerdo, no había tenido nada que ver durante veinte años. ¡Su hermana vivía a treinta millas de distancia! A la mañana siguiente, la autora de esa nota recibió una carta de esa misma hermana pidiendo perdón y buscando la reconciliación. Las dos cartas se habían cruzado en el correo. Mientras una hermana oraba a Dios por la otra, Dios estaba hablando a esa otra hermana, poniendo en su mente el deseo de reconciliación.

Puedes decir: ¿Por qué no puso Dios ese deseo allí antes? Puede ser que Él previó que sería inútil que la hermana lejana escribiera pidiendo perdón hasta que la otra hermana también estuviera dispuesta a perdonar. El hecho permanece: cuando oramos por otros, de alguna manera abre el camino para que Dios influya en aquellos por quienes oramos. Dios necesita nuestras oraciones, o no nos rogaría que oráramos.

Hace un tiempo, al final de una reunión de oración semanal, una mujer piadosa rogó a los presentes que oraran por su esposo, que nunca quería ir cerca de un lugar de culto. El líder sugirió que continuaran en oración allí mismo. Se ofrecieron oraciones muy fervientes. Ahora bien, el esposo era devoto de su esposa y frecuentemente venía a buscarla. Lo hizo esa noche y llegó al salón mientras la reunión de oración todavía estaba en progreso. Dios puso en su mente abrir la puerta y esperar dentro — algo que nunca había hecho antes. Mientras se sentaba en una silla cerca de la puerta, apoyando la cabeza en la mano, escuchó aquellas fervientes peticiones. Durante el camino a casa, dijo: «Mujer, ¿por quién oraban esta noche?» «Oh», respondió ella, «es el esposo de una de nuestras trabajadoras». «Bueno, estoy bastante seguro de que él será salvo», dijo él; «Dios debe responder oraciones como esas». Un poco más tarde

en la noche, preguntó de nuevo: «¿Quién era el hombre por quién oraban?» Ella respondió en términos similares a los anteriores. Al retirarse a descansar, no podía dormir. Estaba bajo una profunda convicción de pecado. Despertando a su esposa, le rogó que orara por él.

Cuán claramente nos muestra esto que cuando oramos, ¡Dios puede obrar! Dios podría haber impulsado a ese hombre a entrar en esa reunión de oración cualquier semana. Pero si lo hubiera hecho, es una cuestión si algún bien habría resultado de ello. Cuando una vez aquellas fervientes y sinceras peticiones fueron ofrecidas en su nombre, Dios vio que tendrían una influencia poderosa sobre aquel pobre hombre.

Es cuando oramos que Dios puede ayudarnos en nuestro trabajo y fortalecer nuestras resoluciones. Porque podemos responder muchas de nuestras propias oraciones. Un invierno amargo, un granjero próspero oraba para que Dios guardara a un vecino de morir de hambre. Cuando las oraciones familiares terminaron, su hijito dijo: «Padre, no creo que deberías haber molestado a Dios por eso. ¿Por qué no?», preguntó. «¡Porque sería bastante fácil para ti ver que no mueran de hambre!» No hay la más mínima duda de que si oramos por otros, también trataremos de ayudarlos.

Un joven converso le pidió a su vicario que le diera algún trabajo cristiano. «¿Tienes un amigo íntimo?» «Sí», respondió el muchacho. «¿Es cristiano?» «No, es tan descuidado como yo lo era». «Entonces ve y pídele que acepte a Cristo como su Salvador». «¡Oh, no!», dijo el joven, «nunca podría hacer eso. Dame cualquier cosa menos eso». «Bueno», dijo el vicario, «prométeme dos cosas: que no le hablarás acerca de su alma, y que orarás a Dios dos veces al día por su conversión». «Bueno, sí, haré eso con gusto», respondió el muchacho. Antes de que pasaran dos semanas, corrió a la vicaría. «¿Me liberará de mi promesa? ¡Tengo que hablar con mi amigo!», gritó. Cuando comenzó a orar, Dios pudo darle fuerza para testificar. La comunión con Dios es esencial antes de que podamos tener una comunión real con nuestro prójimo. Mi creencia es que los hombres hablan tan raramente a otros sobre su condición espiritual porque oran tan poco por ellos.

El escritor nunca ha olvidado cómo su fe en la oración fue confirmada cuando, siendo un muchacho de trece años, pidió seriamente a Dios que le permitiera en un día determinado conseguir veinte nuevos suscriptores para las misiones en el extranjero. Exactamente veinte nuevos nombres se consiguieron antes de que cerrara la noche. La conciencia de que Dios concedería esa oración fue un incentivo para el esfuerzo entusiasta y dio un coraje inusual al acercarse a otros.

Un clérigo en Inglaterra sugirió a su gente que cada día oraran por el peor hombre o mujer y luego fueran a ellos y les hablaran de Jesús. Solo seis aceptaron hacerlo. Al llegar a casa, comenzó a orar. Entonces dijo: «No debo dejar esto a mi gente. Debo asumirlo yo mismo. No conozco a las malas personas. Tendré que salir a preguntar». Acercándose a un hombre de aspecto tosco en una esquina, le preguntó: «¿Es usted el peor hombre de este distrito?» «No, no lo soy». «¿Le importaría decirme quién es?» «No me importa. Lo encontrará en el número 7, por esa calle».

Llamó a la puerta del número 7 y entró. «Estoy buscando al peor hombre de mi parroquia. Me dicen que podría ser usted». «¿Quién le dijo eso? Tráigalo aquí, y le mostraré quién es el peor hombre. No, hay muchos peores que yo». «Bueno, ¿quién es el peor hombre que usted conoce?» «Todo el mundo lo conoce. Vive en la última casa de ese callejón. Él es el peor hombre». Así que bajó por el callejón y llamó a la puerta. Una voz hosca gritó: «¡Entre!»

Había un hombre y su esposa. «Espero que me disculpe, pero soy el ministro de la capilla al final de la calle. Estoy buscando al peor hombre de mi distrito, porque tengo algo que decirle. ¿Es usted el peor hombre?» El hombre se volvió a su esposa y dijo: «Mujer, dile lo que te dije hace cinco minutos». «No, díselo tú mismo». «¿Qué estaba diciendo?», preguntó el visitante. «Bueno, he estado bebiendo durante doce semanas. He tenido delirium tremens y he empeñado todo lo que había en la casa que valiera la pena empeñar. Y le dije a mi esposa hace unos minutos: "Mujer, esto tiene que parar, y si no para, lo pararé yo mismo — iré y me ahogaré". ¡Entonces usted llamó a la puerta! Sí, señor, soy el peor hombre. ¿Qué tiene que decirme?» «Estoy aquí para decirle que Jesucristo es el mayor Salvador, y que Él puede hacer del peor hombre uno de los mejores. Lo

hizo por mí, y lo hará por usted». «¿Cree que puede hacerlo incluso por mí?» «Estoy seguro de que puede. Arrodílese y pídaselo».

No solo el pobre borracho fue salvo de sus pecados, sino que hoy es un hombre cristiano radiante, que trae a otras personas borrachas al Señor Jesucristo.

Seguramente ninguno de nosotros encuentra difícil creer que Dios puede, en respuesta a la oración, sanar el cuerpo, enviar lluvia o buen tiempo, disipar nieblas o evitar calamidades.

Tenemos que ver con un Dios cuyo conocimiento es infinito. Él puede poner en la mente de un médico prescribir cierto medicamento, dieta o método de curación. Toda la habilidad del médico proviene de Dios. «Él conoce nuestra condición» — porque Él la hizo. Él la conoce mucho mejor que el médico o cirujano más inteligente. Él la hizo, y Él puede restaurarla. Creemos que Dios desea que usemos la habilidad médica, pero también creemos que Dios, por Su maravilloso conocimiento, puede sanar, y a veces sana, sin la cooperación humana. Y a Dios se le debe permitir obrar a Su manera. Somos tan propensos a atar a Dios al camino que aprobamos. El objetivo de Dios es glorificar Su nombre al responder nuestras oraciones. A veces Él ve que nuestro deseo es correcto, pero nuestra petición es incorrecta. San Pablo pensó que podría traer más gloria a Dios si tan solo el aguijón en la carne pudiera ser removido. Dios sabía que él sería un mejor hombre y haría un mejor trabajo con el aguijón que sin él. Así que Dios dijo No, No, No a su oración, ¡y luego explicó por qué!

Así fue con Mónica, quien oró tantos años por la conversión de Agustín, su hijo libertino. Cuando él estaba decidido a dejar el hogar y cruzar los mares hacia Roma, ella oró fervientemente, incluso apasionadamente, para que Dios lo mantuviera a su lado y bajo su influencia. Bajó a una pequeña capilla en la orilla del mar para pasar la noche en oración cerca de donde el barco yacía anclado. Pero, cuando llegó la mañana, encontró que el barco había zarpado incluso mientras ella oraba. Su petición fue rechazada, pero su deseo real fue concedido.

Porque fue en Roma donde Agustín conoció al santo Ambrosio, quien lo condujo a Cristo. Cuán reconfortante es saber que Dios sabe lo que es mejor.

Pero nunca deberíamos pensar que es irrazonable que Dios haga algunas cosas dependientes de nuestras oraciones. Algunas personas dicen que si Dios realmente nos ama, nos daría lo que es mejor para nosotros tanto si se lo pedimos como si no. El Dr. Fosdick ha señalado tan bellamente que Dios ha dejado al hombre muchas cosas para que haga por sí mismo. Él promete la sementera y la cosecha. Sin embargo, el hombre debe preparar el suelo, sembrar, cultivar y cosechar para permitir que Dios haga Su parte. Dios nos provee de comida y bebida. Pero Él nos deja a nosotros el tomar, comer y beber. Hay algunas cosas que Dios no puede, o al menos no quiere, hacer sin nuestra ayuda. Dios no puede hacer algunas cosas a menos que pensemos. Él nunca plasma Su verdad en el cielo. Las leyes de la ciencia siempre han estado allí. Pero debemos pensar, experimentar y pensar de nuevo si queremos usar esas leyes para nuestro propio bien y la gloria de Dios.

Dios no puede hacer algunas cosas a menos que trabajemos. Él almacena las colinas con mármol, pero nunca ha construido una catedral. Él llena las montañas con mineral de hierro, pero nunca hace una aguja o una locomotora. Eso lo deja para nosotros. Debemos trabajar.

Si, entonces, Dios ha dejado muchas cosas dependientes del pensamiento y del trabajo del hombre, ¿por qué no habría de dejar algunas cosas dependientes de la oración del hombre? Así lo ha hecho. «Pedid, y recibiréis» (Juan 16:24). Y hay algunas cosas que Dios no nos dará a menos que se las pidamos. La oración es una de las tres maneras en que el hombre puede cooperar con Dios; y la mayor de estas es la oración.

Los hombres de poder son, sin excepción, hombres de oración. Dios otorga su Espíritu Santo en su plenitud solamente a los hombres de oración. Y es mediante la operación del Espíritu que las respuestas a la oración llegan. Todo creyente tiene el Espíritu de Cristo morando en él. Porque «si alguno no tiene el Espíritu

de Cristo, no es de él» (Romanos 8:9). Pero un hombre de oración prevalente debe ser lleno del Espíritu de Dios.

Una misionera escribió recientemente que solía decirse de Hyde el Orador que nunca hablaba con un hombre inconverso sin que este fuera sólidamente convertido. Pero si alguna vez fallaba al primer intento de tocar un corazón para Dios, volvía a su habitación y luchaba en oración hasta que se le mostraba qué era lo que en él mismo había estorbado que Dios lo usara. Sí, cuando estamos llenos del Espíritu de Dios, no podemos dejar de influir en otros hacia Dios. Pero, para tener poder con los hombres, debemos tener poder con Dios.

La pregunta trascendental para ti y para mí no es, sin embargo, «¿Cómo responde Dios a la oración?» La pregunta es: «¿Oro yo de verdad?» ¡Qué poder tan maravilloso pone Dios a nuestra disposición! ¿Pensamos por un momento que cualquier cosa que desagrade a Dios vale la pena retenerla? Consiervo cristiano, confía en Cristo plenamente, y lo hallarás completamente fiel.

Demos a Dios la oportunidad de poner su mente en nosotros, y nunca más dudaremos del poder de la oración.